

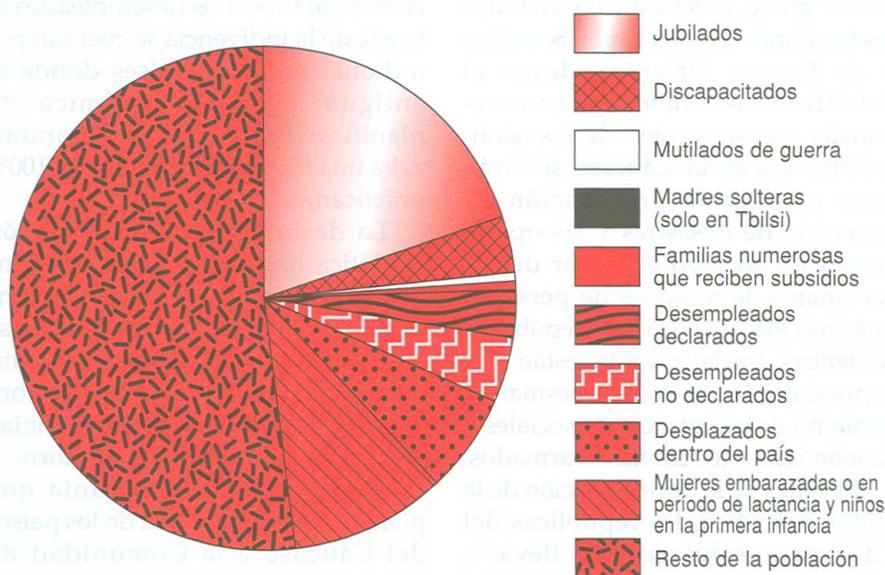
Las controversias políticas de esa índole se han transformado en conflictos armados que afectan a toda la región, como en el caso de la guerra civil de Georgia - que ha conocido tres períodos de intensificación de los combates - la guerra entre Armenia y Azerbaiyán y el bandolerismo, cada vez más generalizado. En 1993, la situación empeoró aun más a medida que millones de personas optaban por pedir refugio en el extranjero o desplazarse dentro de su propio país. A principios de ese año, la Federación, a partir de diversas fuentes, estimaba que el número de refugiados y desplazados en Georgia,

Armenia y Azerbaiyán ascendía a 150.000, 350.000 y 500.000, respectivamente; hacia finales del año, esas cifras se elevaban a 250.000, 310.000 y 750.000, es decir, 1.300.000 desplazados que debían vivir en edificios públicos, en casas de parientes o amigos y, en menor proporción, en tiendas de campaña. En el curso del año, muchos más habían dejado la región para refugiarse en otros países, especialmente en Rusia (según algunas fuentes, 600.000 armenios optaron por el exilio).

Estas tragedias representan un enorme peso adicional para las economías del Cáucaso, en plena

Cuadro comparativo de la vulnerabilidad en Georgia

| Grupos vulnerables | Número (En enero de 1993) |
|--|------------------------------|
| Jubilados | 898.335 |
| Discapacitados | 163.230 |
| Mutilados de guerra | 19.471 |
| Madres solteras (solo en Tbilisi) | 3.496 |
| Familias numerosas que reciben subsidios | 22.741 |
| Desempleados declarados | 140.567 |
| Desempleados no declarados | 186.305 |
| Desplazados dentro del país | 284.000 |
| Mujeres embarazadas o en período de lactancia y niños en la primera infancia | 450.000 |
| Resto de la población | 2.331.855 |



En ocasión de los grandes desastres registrados en África y Asia en los últimos años, los organismos humanitarios han previsto asistencia para una parte de la población de las regiones afectadas, que nunca superó el 20%. En Georgia, la proporción de afectados que requieren asistencia supera el 40% de la población. Ante una indigencia de tales proporciones, la ayuda de emergencia no puede restituir a los afectados un nivel de vida decoroso y sirve únicamente de paliativo.

Fuente: Informe conjunto IOM/USAID, 1993



El libro juego de las fuerzas del mercado es una expresión que carece de sentido cuando no hay nada que comprar y cuando, de todas maneras, el monto de la jubilación ni siquiera permite comprar un kilo de papas. Al haberse desarticulado el sistema económico, la asistencia alimentaria es vital para las poblaciones vulnerables con magros ingresos o sin medios alternativos de subsistencia: jubilados, familias numerosas y discapacitados. Armenia, 1993. Foto de Ian Berry

depresión provocada por la pérdida de la demanda de los mercados que les estaban reservados en la organización de la ex Unión Soviética. Hace apenas unos años, las tres repúblicas percibían los beneficios de su situación favorable en los planes de la producción soviética (sobre todo en los sectores de la industria, el turismo y la energía) y de las funciones político-militares que les incumbían en calidad de línea de contención frente al Occidente y al Islam.

Hoy, se encuentran a la deriva en un mercado mundializado y, excepción hecha de la explotación de los campos petrolíferos de Azerbaiyán, no logran recabar capitales o reactivar la producción debido a la inestabilidad y a los conflictos. Por consiguiente, no se ve muy bien cómo podrían comenzar a producir en cantidad y calidad suficientes como para abastecer a la población y mantener precios abordables.

Las economías en ruina, ninguno de los tres países goza de autosuficiencia agrícola y sólo Azerbaiyán logra extraer petróleo, a costa de un enorme deterioro del medio ambiente, en cantidades suficientes como para exportar. El director de la Comisión de Asistencia Humanitaria de Armenia que se esfuerza por coordinar la ayuda internacional y nacional, indicó que incluso en años de relativa prosperidad, Armenia importaba el 80% de los alimentos que consumía.

En el curso 1993 se generalizó el alza de los precios en toda la región y especialmente en Armenia. Este país, en guerra con Azerbaiyán, ya no tuvo acceso al abastecimiento de petróleo que antes recibía de su adversario y fue objeto de un bloqueo de la frontera meridional con Turquía, vía vital de intercambios. Gran parte de los suministros de alimentos y combustible debieron circular a través de Georgia, por caminos y líneas ferroviarias en un estado cada vez más precario o utilizando el gasoducto que viene de Turkmenistán, frecuentemente averiado.

La escasez de energía, materias primas y repuestos se agravó en todo el Cáucaso, al tiempo que millones de personas perdían su trabajo, mer-

mando los ingresos fiscales que los gobiernos necesitaban para financiar el complejo sistema de previsión social heredado del régimen soviético, y en un momento en que aumentaba la demanda de prestaciones.

Simultáneamente, el valor del rublo bajó vertiginosamente frente a las divisas fuertes, restringiendo la capacidad crediticia de Rusia. Cabe señalar que Georgia fue la única ex república soviética que conservó el viejo rublo junto con el nuevo rublo ruso, medida que tuvo por efecto atraer hacia Georgia enormes cantidades de viejos rublos procedentes de toda la ex Unión Soviética, agravando la inflación.

De ahí que a fines de 1993 la pensión mensual media o el salario mínimo tanto en Armenia como en Georgia no bastaran para comprar un kilo de papas, y que en Azerbaiyán las remuneraciones perdieran rápidamente el valor adquisitivo, perjudicando sobre todo a los más pobres y a quienes dependían de un ingreso fijo y sumiendo en una situación de vulnerabilidad a muchos funcionarios, entre ellos, maestros y médicos.

Los desastres que afectan a todos los sectores sociales del Cáucaso plantean un desafío de épicas proporciones a la acción humanitaria, al vislumbrarse la sombría perspectiva de que la mayoría de los habitantes de los tres países de la región se encuentren en situación de desamparo, dependiendo ampliamente de líneas de abastecimiento y expuestos a los rigores del clima.

Ni en las peores inundaciones y ciclones de Asia, ni en la más cruel de las hambrunas de África el porcentaje de desamparados había superado el 10% de la población. Incluso allí donde la mayoría o la totalidad de la población suele verse afectada, como ocurre en el litoral de Bangladesh o en las mesetas de Etiopía, la gestión racional de los recursos permitió brindar ayuda a quienes se encuentran en mayores dificultades. Ahora bien, todavía no se ha reconocido cabalmente que la tragedia que amenaza al Cáucaso -situación que podría extenderse a las demás ex repúblicas soviéticas - presenta características similares a las



Técnicas de vanguardia, técnicas rudimentarias. Los planes previstos para la reconstrucción de Armenia se inmovilizaron al desintegrarse la ex Unión Soviética. Ahora, al igual que en tantos otros países, cada familia es artífice de su propio futuro. En las rigurosas condiciones climáticas del Cáucaso, la recolección de leña se ha transformado en una tarea cotidiana fundamental. El precio de compra del combustible necesario para que una familia no pase frío durante el invierno equivale a 14 salarios mínimos mensuales.
Armenia, 1993. Foto de Ian Berry

de algunos desplazamientos de población que ha conocido el mundo (Afganistán, Camboya y Mozambique) puesto que la crisis afecta a países enteros y la pauperización aqueja a varios millones de europeos en un medio hostil y riguroso.

Al respecto, cabe recordar que cuando Europa vivió una situación semejante, después de la segunda guerra mundial, había muy pocos organismos humanitarios.

Por supuesto, la evolución de la situación en el Cáucaso no es comparable a la de los países africanos aquejados por la hambruna ni a la de los países asiáticos que acogen miles de refugiados, ya que antes de la crisis, las repúblicas ex soviéticas tenían una economía relativamente desarrollada que sustentaba sistemas de sanidad y bienestar social muy completos y garantizaba vivienda y trabajo a la vasta mayoría. Además, se controlaba el precio de los alimentos y se subvencionaba el combustible. Sin embargo, el propio carácter del sistema económico soviético y de las estructuras estatales englobaba factores que acentuaban la vulnerabilidad de la población, puesto que el control estatal centralizado y las transformaciones que se habían impuesto a las sociedades rurales tradicionales excluían o restringían la puesta en práctica de los diversos mecanismos a los recurrían los grupos afectados cada vez que se presentaba una crisis, entre ellos, el recurso a los ahorros, la conservación de combustibles y alimentos o la búsqueda de ingresos complementarios mediante el empleo ocasional.

La industrialización a ultranza y las presiones en favor de la urbanización generaron la proliferación de metrópolis extremadamente vulnerables y de enorme concentración de habitantes instalados en edificios de varios pisos, sin espacios verdes - en los que hoy se deterioran las redes de alumbrado, la calefacción central y el suministro de agua caliente - o en barracas azotadas por los vientos en torno a las granjas estatales, donde hoy la gasolina destinada al transporte colectivo se vende en el mercado negro. A su vez, sin el control estatal, ya no se pueden garantizar

precios a los agricultores ni la disponibilidad de alimentos subvencionados de los que dependía la nutrición de buena parte de la población.

El control ejercido otrora por las autoridades soviéticas, cuyos sistemas se van sustituyendo lentamente por prácticas mercantiles, sobre todo en Azerbaiyán, plantea algunas dificultades a la prestación de asistencia humanitaria. Por ejemplo, las listas de jubilados o discapacitados establecidas por las autoridades para distribuir ayuda se vuelven cada vez más obsoletas e imprecisas. En algunas localidades es necesario pasar por trámites interminables para obtener los vehículos necesarios al transporte de suministros de socorro, y son escasas las empresas privadas que puedan ocuparse eficazmente de los fletes.

De los millones de habitantes calificados de "casos sociales" en el Cáucaso, los jubilados constituyen un buen ejemplo de lo que es un grupo vulnerable en la crisis actual, si se considera que el Estado comunista les ofrecía una protección mínima pero equitativa, y que entre las prestaciones figuraba la atención médica gratuita. La mayoría de ellos nacieron entre 1900 y 1930, en el seno de sociedades fundamentalmente agrarias que no contaban con redes de seguridad institucionales que protegieran a los desamparados. Hoy, la miseria vuelve a amenazarles, en sociedades que durante 70 años experimentaron transformaciones que acarrearón el desmantelamiento de los mecanismos de apoyo basados en la familia rural extendida, la solidaridad de la comunidad y la autoridad de la iglesia o la mezquita. Las personas solas son quienes más ayuda necesitan porque son las más desvalidas.

Los organismos humanitarios cumplen una labor importante, ayudando a las víctimas de estas crisis económicas y políticas con paquetes de alimentos, medicamentos y artículos de aseo, pero los problemas del Cáucaso son fundamentalmente estructurales: empleo, ingresos, paz, seguridad y estabilidad. En Armenia, a las dificultades que plantea la

extensión de las líneas de abastecimiento, se han venido a sumar las malas cosechas, provocando un alza de precios de los alimentos, que suben de un día para otro, lo que obliga al gobierno a tener que ofrecer, prácticamente a cada habitante, una ración diaria de pan; pan que se hacen con trigo importado a precios elevados y pagado en divisas fuertes.

Si bien por ahora, la población rural se alimenta mejor y muchas familias han constituido grandes reservas de alimentos escabechados, salados o secos, la producción agropecuaria se resiente de la falta de combustibles, repuestos, fertilizantes e insecticidas. La privatización de las explotaciones agrícolas - uno de los objetivos prioritarios de casi todos los nuevos Estados independientes - trajo aparejada otra complicación: los agricultores se muestran reticentes o se niegan rotundamente a vender al Estado, sea cual sea el precio, pues desconfían de la estabilidad de las nuevas monedas e incluso del rublo.

Dos factores influyen directamente en la capacidad de los gobiernos de los tres países del Cáucaso para detectar a los más vulnerables y prestarles la asistencia necesaria, así como en el volumen de ayuda que pueden aportar las instituciones humanitarias internacionales: la información y la coordinación de los socorros.

El sistema soviético aplicaba un control estricto de la información y si bien se recababa en grandes cantidades, fluía en un solo sentido, es decir hacia quienes ejercían el poder. A pesar de las promesas de obrar por la democracia y de practicar una gestión de gobierno más cristalina, la información se recaba sin prisas, se obtiene difícilmente y a menudo sirve muy poco. La situación empeora debido al deterioro de los salarios; al estado de ánimo de mucha gente que por su actividad está al tanto de muchas cosas - médicos, funcionarios públicos y personal de los servicios de transporte - a la persistencia de los conflictos y los desplazamientos de población, que dificultan las constataciones y el registro de datos.

Cabe recordar que la necesidad de disponer de informaciones oportunas

y de calidad es mucho mayor en períodos de rápidas transformaciones, y más aun en situaciones de desastre, cuando la celeridad con que se toma las decisiones es esencial para salvar vidas humanas. En el Cáucaso, se dispone de muy pocos datos fidedignos sobre las reservas de alimentos, combustibles y medicamentos o, lo que es más grave, sobre la incidencia del hambre, el frío y las enfermedades, lo que aumenta la vulnerabilidad y limita las posibilidades de acción de los organismos estatales e internacionales.

Además de disponer de información fidedigna, la coordinación eficiente entre organismos estatales e instituciones humanitaria es fundamental para que las operaciones de socorro cumplan con su cometido. En todos los países del Cáucaso proliferan ministerios y entidades cuyas atribuciones y mandatos se superponen o dejan vacíos, y los encargados de velar por la buena marcha de la operaciones no tiene autoridad para tomar las medidas que se imponen.

Azerbaiyán

En los últimos años, Azerbaiyán registró los mejores resultados económicos de los tres países del Cáucaso, con un producto nacional bruto (PNB) de 12.000 millones de dólares en 1991, pero como tiene 7.210.000 millones de habitantes, el producto per capita fue de 1.670 dólares, apenas superior al de la vecina Georgia. Esta animación de la economía obedece a la explotación del petróleo y, según estimaciones de las compañías petroleras internacionales, los planes de explotación en las aguas territoriales podrían resultar en una producción por valor de 130.000 millones de dólares en los próximos 30 años, lo que llevaría a las arcas de Azerbaiyán unos 30.000 millones en beneficios, o incluso más si el país decidiera sufragar parte de los costos.

En comparación a las demás ex repúblicas soviéticas, estas ventajas deberían haber facilitado la transición de Azerbaiyán a la economía de mercado, pero el prolongado conflicto que la opone a Armenia en torno a la posesión del enclave de Nagorno-

Karabaj ha comprometido esa posibilidad. Los combates han provocado el desplazamiento de unas 750.000 personas, el abandono de una tercera parte de las tierras cultivables y un nivel de sufrimientos humanos proporcional a la destrucción material. En más de cinco años de guerra se han destruido por lo menos 46 hospitales, 600 escuelas y guarderías infantiles, centenares de centros de atención sanitaria y millares de casas.

Por ser una país productor de petróleo y de algodón, y habida cuenta de los estragos que ha sufrido la agricultura, Azerbaiyán tiene hoy un déficit estructural de alimentos, sobre todo cereales, azúcar y productos lácteos. Al disponer de escasas reservas en divisas, el trueque por petróleo ha permitido mitigar en parte esos déficits, pero no se ha podido compensar la falta de forraje, lo que sumado a la imposibilidad de acceder a los terrenos de pastoreo de Nagorno-Karabaj y alrededores, ha provocado una drástica reducción del número de cabezas de ganado.

En los últimos años, el gasto nacional por habitante en servicios de salud ha sido el más bajo de todos los países de la ex Unión Soviética, y la afluencia de refugiados y desplazados ha hecho descender considerablemente el nivel general de salud. Este deterioro se expresa en factores que van desde la degradación del medio ambiente y la calidad del agua hasta la aparición de brotes de sarampión, difteria, tuberculosis y poliomeilitis, ya que debido a la escasez de vacunas importadas ha sido imposible mantener los altos índices de inmunización infantil que existían anteriormente. Azerbaiyán también debe a la explotación del petróleo, los niveles más altos de contaminación del agua y del aire de todos los territorios de la ex Unión Soviética. Las afecciones más corrientes entre los niños azeríes atendidos en los centros sanitarios son las infecciones respiratorias agudas, que representan el 55% de los casos de mortalidad en la primera infancia.

Si bien es cierto que la cantidad de jubilados, familias numerosas y desempleados que reclaman la

asistencia pública no cesa de aumentar, los centenares de miles de desplazados y refugiados que atestan los edificios comunales y las escuelas, o que se instalan con sus parientes, siguen siendo el grupo más vulnerable de Azerbaiyán. El gobierno, con el respaldo de varios organismos internacionales que actúan desde hace poco en el país, ha desplegado esfuerzos por mejorar la situación de todos ellos, pero las condiciones sanitarias han empeorado al acentuarse la crudeza del invierno y la escasez de ropa, mantas y suministros médicos.

Georgia

Los resultados de la economía de Georgia indican que el país no puede hacer frente a la magnitud de la crisis económica, y que la pérdida de los mercados tradicionales, el fin del apoyo soviético y el estallido de los enfrentamientos civiles están destruyendo la capacidad del país para velar por los más vulnerables. El PNB de 1991, 9.000 millones de dólares - 5.480.000 habitantes, es decir, 1.640 dólares per capita - conlleva una reducción de 25% de la producción, imputable al derrumbe del sistema industrial, a la considerable reducción de la producción agropecuaria y a la inflación, que alcanza a varios miles de puntos porcentuales por año.

Al igual que los seres humanos, los países son vulnerables, y sin el respaldo de la Unión Soviética, la vulnerabilidad de Georgia ha quedado al desnudo: el turismo se ha esfumado, los intercambios de té, frutas, tabaco y algodón con otras repúblicas soviéticas - en otra época equivalentes al 95% de las exportaciones y al 75% de las importaciones - se han reducido al mínimo, así como su función de centro de producción de industria ligera, que dependía de los mercados que le estaban asignados en el sistema soviético y de las importaciones de materias primas y energía de otras repúblicas del sistema. Dado que se encuentra en una zona de gran riesgo sísmico Georgia corre otros peligros: después de 1991, dos terremotos han hecho menguar la producción agropecuaria, particularmente la de cereales.

Al mismo tiempo, el legado de pasadas decisiones sobre el trazado de fronteras heredado por Georgia, con su carga de resentimiento entre las minorías étnicas, hizo estallar una serie de conflictos en Osetia del Sur, Abjazia y la región occidental próxima al Mar Negro, cada uno de los cuales generó una nueva oleada de refugiados y desplazados, desarticulando las comunicaciones, el transporte ferroviario, la actividad portuaria en los principales puertos del Mar Negro, la distribución de alimentos y el suministro de energía, que hubo que hacer llegar evitando las montañas del Cáucaso.

Al disminuir drásticamente la producción agrícola y ganadera, y faltar las divisas necesarias para sufragar las importaciones, la oferta de alimentos mermó y la inflación se disparó. Además del racionamiento del pan, el poder adquisitivo de los grupos más vulnerables se ha reducido a tal punto que sus recursos apenas les alcanzan para comprar hortalizas, de ahí la importancia de la tarea que cumplen los organismos internacionales y la Sociedad de la

Cruz Roja de Georgia, garantizando la supervivencia de centenares de miles de personas.

Hubo una época en que Georgia disponía de un sistema de salud adecuado, capaz de mantener altos índices de inmunización infantil. Hoy, la escasez de medicinas, la depresión económica y los conflictos armados han deteriorado enormemente los sistemas sanitarios y de bienestar social. Después de las campañas de vacunación truncas de 1991 y 1992, las tasas de inmunización contra el principales enfermedades pasaron en algunos casos de un 80% a un 45%.

La transición de una economía de planificación centralizada a un sistema de libre juego de las fuerzas del mercado incluía el proyecto de creación de una nueva moneda georgiana que se introdujo a título provisorio en abril de 1993 con una tasa de cambio paritaria respecto del rublo. A fines de año el rublo se había devaluado, pero aún así, 1 rublo equivalía a 30 unidades de la nueva moneda. En menos de un año, los 4.500 rublos mensuales que ganaba

Entre julio de 1992 y julio de 1993, el precio de muchos alimentos aumentó más de 10 veces, y la supervivencia de la mayor parte de los grupos vulnerables pasó a depender totalmente de los alimentos de emergencia.

Fuente: Informe conjunto IOM/USAID, 1993

| Aumento del precio de los alimentos en el Cáucaso | |
|--|---------------------------------|
| Artículo | % de aumento en 12 meses |
| Sal | 500 |
| Azúcar | 1.000 |
| Carne de res | 1.667 |
| Queso | 1 100 |
| Huevos | 500 |
| Carne de cordero | 200 |
| Pasta | 355 |
| Cebolla de verdeo | 1.250 |
| Zanahorias | 1.833 |
| Condimentos | 1.500 |
| Frijoles negros | 667 |
| Remolacha | 220 |
| Repollo | 600 |
| Pepino | 3 333 |
| Cebollas | 750 |
| Perejil | 2.000 |
| Papas | 5.000 |
| Tomates | 1.375 |